

de su choza, y un poco de sal: he aquí cuanto necesita una familia de indios yucatecos aun de las mas acomodadas de las poblaciones principales para vivir; y muchas de ellas lo pasan aun sin muchas de estas cosas, y substituyen al maiz y á las legumbres cuando no las tienen, ó por no haber sembrado, ó por haber perdido la cosecha, frutas, raices y plantas silvestres alimenticias que no escasean en el país. ¿Cómo, pues, no ha de ser desidioso el indio yucateco, siendo tan limitadas sus necesidades, y siéndole tan fácil satisfacerlas, aun en el centro de los bosques y lejos de los demás hombres?

«Y como instintivamente detesta la superioridad que las instituciones por tan largo tiempo, y al presente las costumbres, la mayor civilizacion y sobre todo la apropiacion de las tierras, dieron y dan á la raza blanca y aun á la mestiza, se inclina irresistiblemente á ese aislamiento, que los exime de aquel tormento y de las demás cargas sociales, y les proporciona terrenos libres para labrar; de modo que, no solo forman rancherías de muy corto número de familias en lo mas recóndito de las montañas, siempre que encuentren un manantial ó una aguada, y aun cuando tengan que caminar todos los dias largas distancias en busca de ese elemento, sino que aun los que viven en las poblaciones, procuran siempre situar sus chozas lo mas lejos que pueden del centro y en las calles mas excusadas y solitarias.

«Y de este aislamiento en los montes viene el progreso del embrutecimiento, que se aumenta con la facilidad que en esas mismas soledades se encuentra, de satisfacer la única necesidad que se ha formado, que es la de la embriaguez; porque allí halla el *batché* y la miel silvestre para hacer la pitarrilla; ó porque no faltan algunos

de su propia raza ó mestizos que le lleven el aguardiente, en cambio de los pocos granos que cosecha, y de los cuales se desprende con una imprevisión que parece natural en él, aunque mas bien debiera atribuirse á su ignorancia.

«No puede el indio ver una imagen de los santos ó una cruz, sin postrarse reverentemente: ni encuentra nunca un sacerdote sin quitarse el sombrero, corriendo presuroso á besarle la mano. Consume la mayor parte del fruto de su trabajo en obras de piedad, que al cabo degeneran en devotas orgías; y no tiene escrúpulo en tener por concubinas á sus hermanas ó hijas.

«No profesa tanto amor y devoción á Dios, como á las imágenes de San Antonio de Padua ó á la cruz, que son el único ornamento de sus chozas. Entra en una iglesia, y sin hacer la menor reverencia al Sacramento, va á arrodillarse ante una cruz, ante una imagen de San Antonio, de San Francisco de Paula, ó ante cualquiera otra que esté acreditada de milagrosa, por defectuosa ó deforme que sea; y luego se levanta á besar la mesa del altar y tocarla con su frente y mejillas, tocando en seguida á la imagen ó su peana, una ramita de yerba aromática ó una flor que se lleva consigo con mucha reverencia como una reliquia; todo sin perjuicio del tributo de cirios que enciende ante dichas imágenes, y de pagar salves que hace que se les canten, ya sea en la misma iglesia ó en la calle en las procesiones, así como respuestas á las ánimas de sus difuntos.

«Cree que vuelven al mundo las almas de los que mueren, y les marca con cal para que no se extravíen, el camino que media entre la tumba y el hogar doméstico.

«Tiene una convicción íntima y profunda de que hay brujos y duendes, y teme mucho los hechizos, no pudiendo arrancar-

le nadie la idea de que existen hombres que se ejercitan en hacer este daño.

«Teme y respeta á un sér ideal que llaman *balám*: dicen que es el señor del campo, y que este no puede labrarse sin peligro de la vida, si no se presentan á aquel ciertas ofrendas, como son la de horchata de maiz, *sacá*, un guiso que se hace con maiz y pavo llamado *kool*, la tortilla con frijol, *buli-huah*, la pitarrilla y el humo del copal en lugar de incienso; de suerte que puede decirse que le adoran como á un dios; pero siempre cautelándose de los blancos, acaso por temor de ser mirados como idólatras.

«Dan el nombre de *alux* á unos fantasmas que creen existir en las ruinas y cerros; y cuentan que desde que se oscurece empiezan á pasearse al rededor de las casas, tirando piedras, silbando á los perros y dándoles latigazos, dejándolos con tos, de la cual mueren; que corren velozmente tanto de frente como de espaldas; que no causan terror á los que los miran; que suelen entrar en las casas y cargar á los que están acostados en sus hamacas, para no dejarlos dormir; que en los ranchos de caña, cuando está armado el trapiche le dan vueltas, ó arrear al caballo para poner en movimiento la máquina; dicen que son del tamaño de un indito de cuatro á cinco años, y que se presentan desnudos y con un sombrerito en la cabeza. Es incalculable el perjuicio que esta fatal preocupacion causa cada dia á los anticuarios; porque hacen que los indios destruyan sin piedad, aun cuando se les ofrezca pagárselas bien, todas las figuras de barro siempre en los cerros y subterráneos, suponiendo que son ellas las que se animan y salen á pasear por las noches. Atribuyen al *alux* el origen de las enfermedades que se padecen en el campo, creyendo maligno su contacto; y que cuando hallan á alguno durmien-

do, le pasan la mano en la cara con tal suavidad que no lo siente, causándole una calentura que lo arrolla por mucho tiempo.

«Creen tambien en la existencia del *xtabay*, del *huahuapach* y del *xbolontharoch bokolhahoch*. El primero de estos fantasmas se deja ver, segun ellos, en los lugares mas solitarios de las poblaciones, en figura de muger vestida de mestiza, peinando su bella cabellera con el fruto de una planta que llaman *xaché xtabay*, y que huye siempre que se le acerca alguno; pero que aligerando ó retardando el paso, desaparece ó se deja alcanzar, si el que la sigue es algun enamorado; y en este caso, luego que la abraza tomándola por una hermosa mestiza, se encuentran con un bulto lleno de espinas, y con los piés tan delgados como los de un pavo, causándoles tal horror este chasco, que les produce privaciones y calenturas con delirio. El *huahuapach* es un gigante que se suele ver á media noche en ciertas calles, tan alto, que un hombre apenas le llega á las rodillas, el cual se entretiene en impedir el tránsito, abriendo las piernas y colocando un pié en cada lado de la calle; y si alguno inadvertidamente, intenta pasar debajo, junta prontamente las piernas, y aprieta con ellas la garganta del infeliz caminante hasta ahogarlo. Los otros dos fantasmas no hacen mas que repetir por la noche, el uno los ruidos que se han hecho en el dia, y especialmente el que hace con el huso la muger que hila; y el otro un ruido subterráneo como el del batidor cuando se bate el chocolate, causando mucho terror estos ruidos á los que los oyen.

«En la masa comun de los indios hay muchas supersticiones. La adivinacion mas frecuente es por medio de algun pedazo de cristal que llaman *zastun*, esto es, piedra clara y trasparente, con el que dicen

ven las cosas ocultas y el origen de las enfermedades. Los que se acreditan de adivinos son consultados y regalados y pasan una vida holgazana. Con sus mañas y artificios hacen creer á los simples é ignorantes, cuando están enfermos, que por medio del *zastun* han conocido que algun malévolo enemigo suyo los ha hechizado, y que para descubrir el hechizo ó maleficio, es necesario velar tres noches con abundante provision de aguardiente ó pitarrilla, comidas y candelas encendidas; en estas tres noches se regalan y embriagan á su satisfaccion; y mientras los otros están desquidados ó dormidos, entierran dentro de la misma casa ó en sus inmediaciones, una figurita de cera con una espina atravesada, en la parte correspondiente á aquella de que adolece el enfermo; y cuando todos han despertado, comienzan á hacer ceremonias con el *zastun* y se dirigen al lugar en que enterraron la figura, la sacan á vista de todos haciéndoles creer que aquel ha sido el hechizo; luego tratan de la curacion con las primeras yerbas que encuentran; y si por contingencia sana el enfermo, ganan una grande opinion entre los ignorantes.

«Tambien usan del ensalmo con ciertas deprecaciones, en las que van haciendo mencion de las enfermedades y de los vientos á que las atribuyen, rezando sobre el enfermo el Padre nuestro, Ave Maria y Credo, y algunas veces la oracion de San Antonio que trae el manual mexicano. Otras veces recurren al *hex*, que quiere decir cambio, y se reduce á colgar ciertas comidas y bebidas al rededor de la casa del enfermo, para el *yuncimil*, ó señor de la muerte, con lo que piensan rescatar la vida del enfermo.

«Para que las abejas no desaparen los corchos, ó para que traigan mucha miel, ó

porque no enfermen sus dueños, cuelgan en las casas de colmenas jicaras de *sacá* ú horchata de maiz.

«Usan igualmente la misa milpera que llaman *tich*, que quiere decir, oblacion ó sacrificio, y es en la forma siguiente: sobre una barbacoa ó tapezco formado de varillas iguales, se pone un pavo, y el que hace de sacerdote le abre el pico y le va echando pitarrilla; y luego lo matan y los asistentes lo llevan á sazonar, mientras se cuecen bajo de tierra unos panes grandes de maiz, que llaman *canlahuntaz*, esto es, de catorce tortillas ó costras, entreveradas con frijol. Despues de sazonado todo, se va colocando sobre la barbacoa con varias jicaras de pitarrilla, y acercándose el que hace de sacerdote, comienza á incensarlo con copal; é invocando las tres divinas personas, reza el Credo, y tomando de la pitarrilla con un hisopo, va rociando los cuatro vientos; invocando los cuatro *pahahtunes*, señores ó custodios de las lluvias; vuelve luego á la mesa, levanta en alto una de las jicaras, y arrodillándose los circunstantes, se las va aplicando á la boca, y se concluye la funcion comiendo y bebiendo todos, y mas que nadie el oficiante, que ademas se lleva á su casa una buena porcion. Dicen que el *pahahtun* colorado que está sentado en el Oriente, es Santo Domingo; el blanco, sentado en el Setentrion, San Gabriel; el negro, en el Occidente, San Diego, y la amarilla, que tambien se llama *xanleox*, sentada en el Mediodía, Santa Maria Magdalena.

«No huyen de llevar al bautismo á sus recién nacidos, ni al cementerio á sus difuntos.

MUGERES.

«Si es admirable la prontitud con que generalmente pasan las mugeres en este

clima, de la niñez á la pubertad, es todavía mas rápido este desarrollo en la clase indígena; á lo que sin duda alguna contribuyen las costumbres. Es muy comun ver á nuestras indias desde la edad de tres años, seguir diariamente á sus padres á los montes á cultivar sus sementeras, y con frecuencia á los pueblos vecinos, haciendo estos viajes de cuatro y seis leguas con la mayor facilidad, á pié y aun con alguna carga, desde que tienen cinco ó seis años.

«Van tambien todos los dias al campo en busca de combustible, palillos de una pulgada ó algo mas de grueso, que llaman *moloch*: ellas mismas buscan la madera, la cortan y la atan con dos aros de bejuco, para poder llevarla á la espalda. Van igualmente por la mañana y tarde á traer agua, que sacan de los pozos de 40 y 60 varas de profundidad, con cubos de corteza de árboles. Para esta faena, y cuando han llegado á los once ó doce años, se presentan con la limpieza posible, teniendo cuidado de lavarse y peinarse, con la misma prolijidad que si fuesen á un paseo. Esto sucede en todas las haciendas y ranchos, y en casi todos los pueblos en donde tienen que ocurrir para proveerse de agua á los pozos públicos.

«Las niñas indias desde la edad de seis hasta los once años, concurren á la puerta de la iglesia en los pueblos, ó á la casa principal en las haciendas, á aprender la doctrina cristiana, yendo con la cabeza descubierta y el pelo suelto.

«Cocer, moler y tortear el maiz, hacer el atole y el pozole, y mal lavar la ropa, es todo lo que enseña una madre á sus hijas, ó mas bien, lo que naturalmente aprenden por sí solas. Algunas, sin embargo, las enseñan tambien á hilar, tejer sus telas groseras de algodón, coser y mal bordar.

«Salen por lo comun acompañadas de una criatura que las sigue á todas partes, á manera de ángel custodio. Cuando tienen delante al hombre que aman, bajan la cabeza y la vista al suelo, y mientras hablan de sus amores, describen rayas en la tierra con el dedo mayor del pié. * *mayell*

«Dentro de casa solo llevan un fustan ó enagua de manta blanca de algodón, que les cubre desde la cintura hasta las rodillas; y así se presentan al que las visita, á ménos que sea persona absolutamente desconocida, pues entónces cruzan los brazos sobre los pechos para ocultarlos á la vista del extranjero. Si se las encuentra en los caminos ó asechando sobre sus albarradas, se ocultan inmediatamente, huyendo al parecer de la presencia del viajero, sin embargo de que son todas noveleras y curiosas por carácter. Tambien son compasivas y obsequiosas, pero groseramente, conforme á su educacion. Cualquiera que les pide en nombre de Dios tiene derecho á su beneficencia.

«Su aseo corporal raya en supersticioso, pues no tienen por racional á la que no se lava el cuerpo todos los dias. Para eso ponen al fuego una piedra que llaman *sintun*, y cuando está bien caliente, la echan en el agua que ha de servirles.

«Pocas veces son felices en sus amores, porque generalmente se les da por esposos á los que eligen sus padres. Los de los novios las piden, y si son aceptados, presentan una dádiva de dos pesetas que conocen con el nombre de *pochat tuncab* ó de *buhul*, de las cuales una es para la novia y otra para la madre. Desde el dia siguiente es obligacion del novio llevar diariamente á casa de sus futuros suegros un manajo de leña para el gasto de la casa. El dia de la

* Costumbre general de todos los indígenas.

boda se viste á la novia con un terno compuesto de hipil y fustan ó enagua, adornadas las orillas de cintas de lila encarnada, y otra ancha de seda con que ata sus cabellos, cubierta la cabeza con una toca ó paño de muselina blanca; y además ha de llevar zapatos, rosario al cuello, aretes y sortijas con grandes piedras ordinarias, aunque todo prestado. Concluidas las ceremonias religiosas, se pasa al banquete, en el que los desposados y padrinos ocupan lugar preferente, y cuando la novia no ha de quedar viviendo en casa de sus padres, vuelve sin embargo á ella hasta los ocho días que van á buscarla los padrinos para entregarla á su marido.

«Este es el objeto de todas las atenciones y cuidados de la muger desde que se casa. Coser, lavar y moler el maíz para hacer por sus manos las tortillas, el pozole, el atole y demás comida, y todos los otros quehaceres de la casa, y preparar el baño para cuando venga del trabajo, es su obligación diaria. Por las noches, á la luz de sus hogueras ó á la pálida luz de la luna, se ocupa la muger en hacer ó reparar su ropa, la de su marido y la de sus hijos. Siempre que el marido sale fuera de casa para otro pueblo ó hacienda, tiene la muger que seguirle, mas nunca á su lado, sino inmediatamente detrás. Si el marido se embriaga como es muy frecuente, y cae, sea donde fuese, debe permanecer la muger á su lado cuidándole hasta que pueda hacer camino; y ni los ardores del sol, ni las lluvias, ni las tempestades, ni peligro alguno tienen suficiente poder para separarla de aquel lugar.

«Nunca es un obstáculo el estar recién parida la muger para seguir al marido: la criatura camina con ella, sostenida en un pedazo de tela colgada á sus espaldas, ó cabalgada en una de sus caderas.

«Si el marido es demandado ante sus jueces, comparece precisamente acompañado de su muger; porque á ella toca hacer el papel de defensora, el cual desempeña efectivamente con tanto calor, con tal desembarazo y tanta soltura, que admira verla en aquel acto. Tan completa consagración al servicio de su consorte, no se entibia con el mal trato que recibe en recompensa; pues en cada embriaguez del marido, la aplica sendos azotes ó golpes de mano y palo.

«Como la fidelidad de las indias no es ni puede ser firme, frecuentemente triunfan de ella los seductores. Si el marido los sorprende, y la muger puede escaparse, la demanda á los justicias, pidiendo la castiguen con cierto número de azotes: ella los recibe con resignación, y torna en paz á sus ocupaciones domésticas. Cuando la muger es la ofendida, demanda á su rival para que la apliquen la misma pena. Cualquiera enfermedad que después de esto sobrevenga, se atribuye seguramente á hechizo venido de los ofensores. La hechicería tiene tal crédito entre las indias, que es rara la que no cuenta uno ó muchos casos de maleficio entre su familia; hermanándose en ellas la superstición con la incredulidad, pues si se les refiere un acontecimiento de encanto, por ejemplo, lo creen tan á pie juntillas como si lo hubiesen visto; y si en seguida se les pregunta si es de día, responden dudando después de haber mirado al sol.

«Gustan mucho del baile y de la música; pero ni aquel lo ejecutan con gracia, soltura, variedad y destreza, ni tienen afición ni aptitud para ningún instrumento. Cantan en sus ocios y aun cuando trabajan, pero monótona y tristemente.

«Las embarazadas solo dejan el trabajo en el momento del parto, para volver á él

tan luego como tienen lista á la criatura. Con tal abandono crían á sus hijos, que ruedan siempre por el suelo entre la inmundicia y enteramente desnudos. Un pañal y un hipilito es cuanto necesitan en los primeros días de su vida. En los puños y sobre los tobillos les ciñen unos cordoncitos de hilo de algodón azul, para precaverlos, según dicen, de la alferesía; y las que pueden les cuelgan por adorno al cuello, un rosario de avalorios entreverados con mamoncillos de madera y algunas orejuelas.

«Las embarazadas omiten salir de sus casas durante los eclipses, para evitar que su criatura nazca con manchas ó feos lunares en el cuerpo; y tampoco visitan á las paridas, porque se enfermarían las criaturas de dolores de vientre.

«Luego que la criatura ha cumplido seis meses, citan un padrino ó madrina para la ceremonia de abrirle por primera vez las piernas. Para esto ponen una mesa con algún potaje, y el padrino da en derredor nueve vueltas con la criatura cabalgada en la cadera, que es como acostumbran llevarlas desde entonces sus madres; y en seguida le ponen en las manos si es hembra, una aguja, un huso y los útiles con que tejen las mantas; y si es varón, una hacha, un machete y otros instrumentos que debe usar cuando grande. A estos padrinos se les guardan las mismas consideraciones y respetos que á los de bautismo.

«Las mugeres no cuidan de saber su edad; y la de sus hijos la siguen hasta los seis ó ocho años; de allí en adelante pierden la cuenta.

«Aunque la juventud les llega con violencia, no sucede lo mismo con la vejez, que las alcanza tarde, si no es en el aspecto, pues de ordinario, una muger de treinta años representa cuarenta y cinco.

«Sus enfermedades comunes son la pleuresía, las calenturas intermitentes y la ictericia: los espasmos é histéricos son rarísimos entre ellas.

«De ordinario son sóbrias, económicas, hospitalarias, aman el trabajo, son afectas á criar gallinas y pavos que venden para cubrir sus necesidades, ó sirven para los banquetes de los matrimonios, bautismos, día de finados ó de los novenarios que hacen á la cruz ú otras imágenes de su devoción; no se crían necesidades ni pretenden disfrutar del trabajo de sus maridos, trabajan constantemente para dominar á estos, á lo que hasta cierto punto son muy acreedoras, y les reprueban cuanto hacen sin su consejo: no olvidan las ofensas que reciben hasta que las han vengado. En la vejez, son inclinadas á hurtos pequeños, y particularmente á mendigar, aun cuando no tengan necesidad de ello, para resarcirse de lo que han dado á los pobres.

«Los sentimientos de gratitud pasan ligeramente sobre su corazón; pero es menester exceptuar á las que se crían y educan desde pequeñas en las casas de los blancos, pues con muy raras excepciones, debidas sin duda alguna á mal método ó poco acierto en la educación, y tal vez á mal trato y peor ejemplo, todas las demás son virtuosas, hacendosas, desinteresadas, de muy buena disposición para todas las faenas del servicio doméstico, y para aprender cuanto se les enseña, honestas, amigas de vestir con decencia, y tan afectuosas, fieles y agradecidas, que se envejecen en el servicio de una misma familia, y que si esta viene á caer en pobreza, ellas trabajan para sostenerla, de lo que el que suscribe pudiera citar numerosos ejemplares, sucediendo lo contrario con los varones, pues aunque criados desde pequeños en las casas de los blancos y educados tal vez